



LA MALETA DE CARTÓN

Antonio Miguel Muñoz Romero

Hace mucho tiempo ya, que a las seis de la mañana algo le impulsa a echarse abajo de la cama. Hoy, como la mayoría de los días, sus pasos lentamente le encaminan hacia la playa. Hecho para el trabajo, la jubilación le ha sorprendido sin saber qué hacer con el tiempo. Los paseos, los mandados a la mujer, la cháchara con los amigos, las copas y alguna partida de dominó, son sus nuevas tareas. Ya no hay tajo, ya no hay destajos.

Mientras camina observa cómo algo se va acercando a la orilla desde mar adentro. Es temprano. Pueden que sean pescadores buscando mejor lugar para echar la caña. Sigue caminando, recordando como por el paseo marítimo que ahora recorre, años atrás eran dunas entre las matacañas y las retamas. Era corriente en aquel tiempo ver algún que otro camaleón entre las matas andando lentamente agarrado con la cola al tallo de las retamas. Recuerda solo lo de sus años de chiquillo. De joven se fue emigrado a Alemania y no todos los años pudo venir al pueblo si quería ahorrar y comprarse una casa y un coche. Se perdió el cambio del pueblo. Pasó mucha hambre antes de emigrar pero era su pueblo. Hoy ya no la pasa pero se siente castrado brutalmente de recuerdos que tuvieron que haber acaecido allí entre sus gentes, entre los suyos en su pueblo.

Lo que antes vio en la mar como un punto confuso y difuso, ahora iba cobrando forma. No eran pescadores. Una patera se acercaba. Notó algo raro. Paseó la vista hacia levante y luego hacia poniente y comprobó que estaba solo. La curiosidad y el no tener nada que hacer lo clavaron allí a ver qué era lo que ocurría.

Cuando la embarcación se acercaba al rompiente de las olas, fue cuando se dio cuenta que los componentes, aparte de ser demasiados para aquel falucho, unos eran negros y otros por el aspecto, marroquíes, sin duda alguna. Al llegar a la orilla, empezaron a saltar al agua dirigiéndose hacia la arena, donde a poco unos caían con gestos de supremo agotamiento y otros se arrodillaron sentándose sobre sus piernas. El dolor y el sufrimiento se podían sentir y palpar en el aire de la mañana. Fijó su vista en el grupo y observó que había varias mujeres entre aquellas criaturas lastimeras e indefensas.

Todos los días escuchaba hablar de emigrantes y pateras, pero en playas más cercanas a la costa marroquí, no en lugares como éste, tan lejano. Se fue acercando al grupo humano que de forma dramática se levantaba y avanzaba lentamente como si sus pies fueran parte de raíces que costaba desbrozar. Ahora comprendía qué le había llamado la atención desde el principio. La tardanza desde que avistó el punto a la llegada a la playa, era debido a que estos infelices habían empleado sus manos como remos. Se quedarían sin combustible, pensó, y las corrientes les habrían arrastrado tantas leguas lejos del punto de destino al que ellos confiaban llegar. ¿Cuántos días, cuántas horas habrían estado en esta situación? Se hacía esta pregunta mientras parado observaba al grupo de unas veinte personas tiradas en la playa.

Al cabo del tiempo, uno de ellos se levanta y fue hacia él. Cuando faltaban escasos metros:

–Señor, señor.

Más que las palabras o los gestos, eran los ojos. Ojos que como espejo reflejaban una tremenda angustia. Ojos de perro apaleado, ojos de tristeza, fruto de impotencia



milenaria, de injusticias soportadas año tras año, generación tras generación, lo que le hizo comprender el triste sino de antes, ahora y siempre de todos los que nada tienen en este mundo.

Un mazazo, un golpe brutal de la memoria lo trasladó en ese instante a mediados de Enero del año 1.965 a la estación de ferrocarriles de Francfort. Llevaba un contrato para trabajar de peón en la OPEL. Él, que toda su vida había sido aprendiz de todo y oficial de nada. Que había simultaneado, cuando había faena, el trabajo en el campo con la albañilería, ahora iba a trabajar a una fábrica. A ganar dinero y ahorrar para dejar de pasar hambre, para tener una casa y algún día conocer a una mujer y poder casarse. Ganar y ahorrar mucho dinero para ser alguien en el pueblo y dejar de humillarse. Para no tener que mendigar más un trabajo a los ricos, a los caciques del pueblo.

Bajó del tren y se quedó sólo en aquel inmenso andén con aquel frío tan espeluznante. Su suerte no fue igual a la de otros compañeros que no sólo hacían el viaje juntos, sino que iban al mismo lugar, a la misma fábrica. Allí, en una estación del siglo XX, él que venía de un triste pueblo anclado en el más triste pasado se sintió perdido. Terriblemente perdido y asustado.

Con el billete y la dirección donde tenía que ir en una mano, y en la otra su maleta de cartón, de cuadros marrones con rayas negras, intentó que alguien de la muchedumbre, que pasaba se parara y contestara a sus preguntas. Pero todo era inútil, nadie le prestaba la menor atención. Echó a andar por la estación asustado, irritado, acobardado, humillado. En un momento dado y al unísono con la megafonía, un tropel de gente que venía en dirección contraria a él, le empujó y zarandeó de tal forma que quedó con el asa de la maleta en una mano, y aquella rodando por los suelos. El cartón no había resistido a la presión de la avalancha. Nadie se disculpó. Nadie se acercó a echarle una mano. Unas mudas nuevas compradas por su madre solo unos días antes, unos cuantos pares de calcetines y unos pantalones con algunas camisas usadas iban de un lado a otro impulsadas por los pies de los inexpresivos viajeros.

Se sintió solo, muy solo. Nunca había sufrido esa sensación tan terrible de soledad. Le dolía hasta físicamente el sentirse tan impotente. Él sólo quería trabajar. Para eso había ido a Alemania, para tener trabajo y acabar con la miseria que sufría él y su familia.

-Señor, señor, -le gritaba uno de aquellos desembarcados- ¿estamos en Tarifa? ¿Dónde esta Tarifa?

Se acercó al grupo de hombres y algunas mujeres, y observó que estaban exhaustos, pero sobre todo, asustados. El que le había preguntado se identificó como marroquí que conocía nuestro idioma por haber trabajado con marineros y barcos pesqueros españoles en los caladeros de su país. Le suplicó ayuda pues temían ser detenidos y que el viaje no hubiera servido para nada.

Rápidamente empezó a ayudar a los más cansados a levantarse y llevarlos hasta el pinar que comenzaba al final del paseo marítimo. Mientras, supo que en medio del estrecho, en plena madrugada el motor dejó de funcionar y el que los transportaba llamó a otra embarcación que iba con ellos, y en un descuido, se pasó a ella dejándoles abandonados. Usando las manos como remos habían estado un incalculable número de horas. Habían visto cómo amanecía, venía la noche y de nuevo la aurora, sin agua y sin comida. Las corrientes y los vientos les habían arrojado allí, tan lejos de su destino.

Una vez estuvo todo el grupo escondido en el pinar, les dijo que no se preocuparan. Que volvería lo más rápido posible.



Llegó a su casa resoplando. Buscó entre los papeles del coche, el plano de carretera que solía tener entre la póliza del seguro y demás documentos. Su mujer, que le notó nervioso, le preguntó que ocurría.

–Dame la leche que haya en casa. Zumos, galletas, fruta, pan y ve a comprar más. Me tengo que ir, tengo prisa.

Ante la extrañeza de su mujer, le contó lo sucedido en la playa.

La mujer, tras un severo silencio, le recriminó:

–Pero lo que estás haciendo te puede buscar un disgusto. Te pueden coger. ¿Y si te detienen? ¿Cómo se te ocurre ahora esto si tu nunca jamás te has metido en nada? ¿Qué mosca te ha picado?

Mientras metía en el coche el carro de la compra, donde llevaba todo lo que encontró de comer y beber en la cocina y la alacena, le volvía a repetir a su mujer que comprase más leche y pan.

Que volvería pronto y que no dijese nada a nadie.

También se le oyó decir:

–Ni moscas ni hostias. La maleta. Mi maleta de cartón.